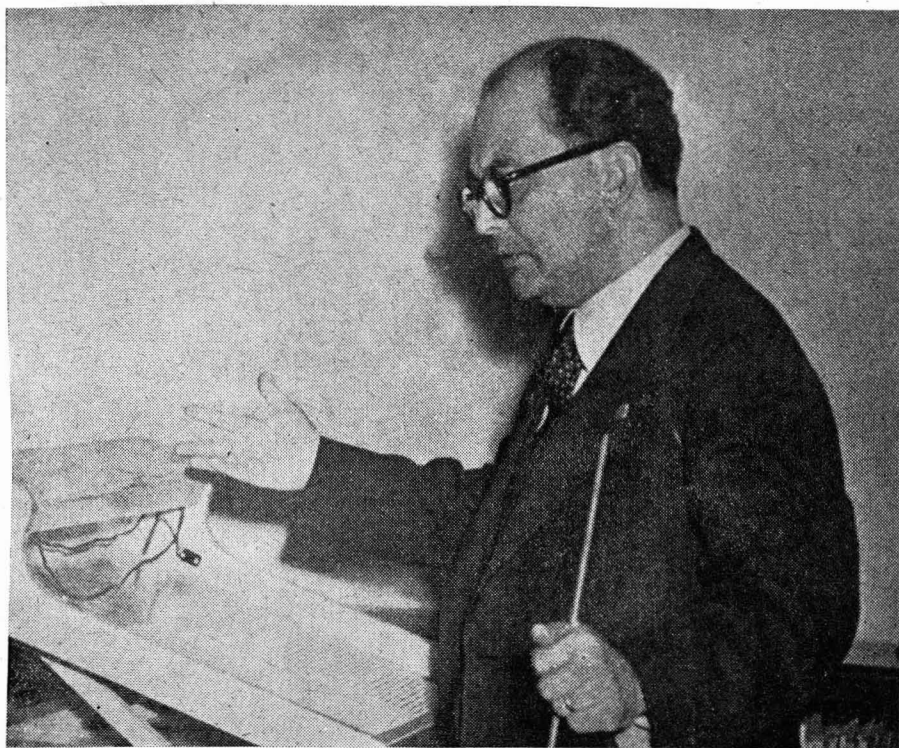




CON IGNACIO CHAVEZ

Entrevista de Rafael Heliodoro Valle

En París he tenido gran gusto al conversar con el doctor Ignacio Chávez, a quien la crítica científica considera —verdadero honor para México y para nuestra América— uno de los cardiólogos de prestancia en nuestro tiempo. Acababa de tomar parte en el Primer Congreso Mundial de Cardiología, en cuya realización colaboró eminentemente, ya que los trabajos previos fueron planeados y aprobados en México.

—Me gustaría —le digo— conocer los orígenes de ese Congreso.

—En 1946 hubo en la ciudad de México un Congreso Interamericano de Cardiología y allí propuse que se reuniera un Congreso Mundial y se organizara, si fuera posible, la Sociedad Internacional de Cardiología.

—¿Y se ha logrado todo?

—Por fortuna sí; el Congreso Mundial ya está reunido y acaban precisamente de votarse los estatutos de la nueva Sociedad Internacional.

—¿Y la sede cuál será?

—El lugar en donde resida el Secretario General, con el propósito de que no se mueva el archivo. Es decir, será en Ginebra.

—Y México presentó algunas ponencias, como era natural...

—Hemos acudido quince investigadores del Instituto Nacional de Cardiología y presentamos cuarenta trabajos. Eso re-

presenta casi el diez por ciento del trabajo que efectuó el Congreso.

—¿Algunas novedades?

—Presentamos el fruto de nuestras investigaciones. Las ha habido de clínica, de laboratorio, de técnica, de aplicación, de todo, porque se quería mostrar cómo trabaja nuestro Instituto. Hubo algunos novedosos, por ejemplo, el de Demetrio Sodi Pallares.

—¿Sobre qué?

—Sobre la activación del tabique interventricular, que modifica la concepción que se tenía sobre la manera de activarse el corazón; lo logró, haciendo simultáneamente el doble cateterismo del corazón y captando la corriente de un electrodo a otro, apenas separados por el tabique. De modo que tanto el método seguido en la investigación como los resultados han sido espléndidos.

—¿Y el trabajo que usted dió a conocer?

—Como autor principal presenté uno sobre el cuadro clínico de la embolia pulmonar y de su reacción cardíaca, cotejando para ello 200 casos observados en el Instituto; pero 200 comprobados con necropsia, lo cual es una cifra imponente. Fué un trabajo arduo el rehacer el cuadro de la dilatación del corazón derecho. Ese fué un tema...

—¿Y el otro?

—El de una nueva droga para el corazón. Una droga que ha sido aislada de una planta mexicana, por uno de los químicos del Instituto. Es la "tevetoidina", aislada por Ernesto Sodi Pallares, y estudiada farmacológicamente en el Instituto por Rafael Méndez; y luego aplicada al hombre por mí y por Chait, con resultados espectaculares. Tiene una rapidez de acción única; dos, tres minutos después de inyectada ya está en marcha y a los diez está en su máximo de acción. Parece ideal para ciertos problemas de emergencia.

—No se ha dicho nada de todo esto en los periódicos...

—Es que en estos casos la publicidad hace más daño que beneficio y los periodistas a veces hacen decir a uno lo que no ha dicho.

—¿Tiene algunos antecedentes el hallazgo de esa droga?

—Hay algunos. Un investigador chino ya había aislado una tevetina, que es un glucósido semejante al nuestro, pero no lo había aplicado al hombre. Más tarde el farmacólogo norteamericano Gold empleó la tevetina para ver en qué forma influía sobre la aceleración del pulso, pero no la ensayó en los enfermos cardíacos.

—¿Qué me dice usted sobre la *golóxochitl* de que habla Clavijero?

—Se siguen haciendo estudios en el Instituto. Ya hemos publicado varios artículos sobre eso. Por desgracia el estudio aún no arroja resultados consistentes; la acción no parece uniforme ni sostenida.

—Entiendo que el Instituto investiga sobre la farmacopea mexicana...

—Desde el primer día, aunque no sea ese un tema fundamental dentro de nuestro programa.

—Noto que en el siglo XIX no hubo un cardiólogo mexicano que llamara la atención.

—No lo hubo. Nadie concentró en el corazón estudios de su preferencia. El siglo pasado fué de los cirujanos. Es el siglo pasteuriano en que nació la asepsia y permitió todas las audacias. Es el siglo, además, en que la Fisiología y el laboratorio abrieron nuevos horizontes al hombre de ciencia.

—¿Y quién fué su maestro más directo, maestro?

—En la cardiología, ninguno, porque ninguno de mis maestros hizo cardiología especialmente; pero en la medicina interna sí. Tuve un gran maestro, el doctor José Terrés, cuya sólida reputación de clínico es la más legítima de México; pero repito, él no fué cardiólogo.

—¿Cuál fué el momento en que usted orientó su vocación hacia la Cardiología?

—Quizá mis recuerdos me permitan reconstruirlo. Cuando empecé a escribir mi tesis para recibir el grado de médico cirujano, utilicé como tema el empleo de la digital en la insuficiencia cardíaca. Al documentarme, estudié y ahondé, y entonces advertí que me gustaba la Cardiología. Yo coqueteaba en esa época con la Cirugía. Es que me tocó trabajar con un maestro extraordinario: el doctor Rosendo Amor, quien me puso bajo sus alas; pero, a decir verdad, no había encontrado el camino aún.

—¿Cuánto tiempo hará de eso?

—En 1920.

—¿Pero su cátedra de Cardiología cuando comenzó?

—De la Cardiología como especialidad, hace tres años; pero no en la Facultad de Medicina, sino al instaurarse el doctorado para post-graduados.

—¿Y antes?

—Mi trabajo de antes fué en la Facultad de Medicina. Allí he sido, desde 1922, jefe de clínica y catedrático de Patología; después, en 1927, llegué al último escalón en el magisterio, como profesor de Clínica Médica, encargado de la enseñanza de la Cardiología.

—¿Las influencias que ha recibido?

—Las primeras, las de base, fueron naturalmente las de la Escuela Francesa. Además, en 1926 y 1927 estuve en Francia y seguí cursos con Vaquez.

—Me acuerdo que Vaquez fué a México invitado por el Presidente Calles.

—Tiene usted razón, fué llamado en consulta. Después estudié al lado de Laubry, maestro eminente y jefe de la Cardiología francesa, con quien guardo aún las relaciones más cordiales. Y pasaron los años... Y surgió la influencia anglosajona, gracias al enorme trabajo que han realizado, y entonces...

—¿Cómo surgió su idea para fundar el Instituto Nacional de Cardiología en México?

—La gestación es muy vieja. Al principio sólo pensé en establecer un servicio especializado de Cardiología en el Hospital General y en allegarme, poco a poco, colaboradores para todas las disciplinas conexas.

—¿En qué año?

—En 1925. Pero era un servicio teórico. Sólo me dieron el permiso para dirigirlo; pero ni un ayudante, ni un instrumento... En 1927 comenzó el servicio a adquirir forma y a contar con el equipo indispensable; así se fué formando un grupo en el que figuraron los doctores Teófilo Ortiz, Manuel Vaquero, Salvador Aceves, Alfonso de Gortari, José Rivero Carvallo, Luis Méndez, Rafael Carral, Demetrio Sodí Pallares y otros más. Esa es, puede decirse, la vieja guardia. Y entonces me asaltó la idea de que formáramos un Instituto.

—Ello fué en...

—En 1937. Entonces le dimos forma a la idea. A los siete años estaba el Instituto.

—Debe usted estar muy orgulloso por el renombre que el Instituto tiene en el mundo.

—Es que es el único Instituto de Cardiología que hay en el mundo. Pronto habrá el segundo. Ya los Estados Unidos han resuelto fundar el suyo.

—De todas partes de América afluyen los médicos al Instituto...

—Ahora también los tenemos europeos. Pero no hay dinero suficiente. Nos falta espacio para tantos solicitantes.

—¿Y tienen becarios franceses?

—Tenemos dos: uno de la Universidad de París y otro de la de Lyon. Han ido allí por dos años para hacer, sobre todo,

estudios sobre hemodinámica y electrocardiografía.

—¿Los hay de la América Española?

—Sí; en las promociones pasadas los tuvimos de Guatemala, El Salvador, Costa Rica, Nicaragua, Perú, Brasil y Chile. Casi todos ellos, al terminar sus estudios, son ahora los encargados de los servicios cardiológicos de sus países. Actualmente los tenemos de Paraguay, Colombia, Argentina, Chile, Brasil, Venezuela, la República Dominicana, Cuba y los Estados Unidos.

—¿Cree usted que el Instituto ya dispone de la mayor parte de los elementos que necesita?

—No tengo derecho a quejarme. Con las limitaciones naturales, me han dado con largueza. El Instituto es una experiencia magnífica. Me abrieron crédito y desde su nacimiento tiene carta de autonomía. El gobierno de México mantiene el control superior, pero nos deja gobernarnos solos. El resultado es que hemos crecido, al grado de que ya no cabemos en el edificio, después de seis años de trabajar. Estamos abrumados de trabajo y de solicitudes del extranjero. Necesitamos duplicar el edificio, duplicar las actividades...

—Pero para ello usted ya debe tener un plan...

—El propio Presidente de la República ha organizado un comité que dispone ya de tres millones de pesos de donativos privados para la obra de engrandecer y equipar el Instituto. Entonces sí contaremos con enorme latitud.

—¿Pudiera usted decirme algo sobre la estadística de alguna de las enfermedades del corazón?

—En el mundo las enfermedades cardíacas han pasado al primer plano, como causas de muerte.

—¿Más que la tuberculosis y el cáncer?

—¡Más, claro que sí! A medida que el cáncer y la tuberculosis se controlan, el hombre adquiere su enfermedad número uno, que es la cardiovascular.

—Se ha dicho, con alguna frecuencia, que en México no hay maestros de ciencia que hagan escuela, que no forman una generación...

—En el Instituto ocurre lo contrario. Allí no sólo hay una gran posibilidad abierta para que todos trabajen, sino para que lo hagan en colaboración, gracias a la misma disciplina intelectual que tienen y a la amistad que los liga. Allí se ha demostrado que hay gentes que sí pueden trabajar en grupo, y que, a pesar del espíritu latino, pueden acoplarse las buenas voluntades.

—En su experiencia de catedrático, usted habrá podido advertir que los maestros, a la larga, se distancian de sus discípulos, no digo de sus alumnos.

—Es posible que eso suceda con la masa general. En ella probablemente hay ahora menos fervor que antes por el estudio. La vida va muy aprisa. Las necesidades obligan a los estudiantes a terminar pronto los estudios universitarios. Y después se pierden. Pero eso no pasa con la minoría selecta; al contrario, con ella se coordinan cada vez mejor los esfuerzos. Se observa en México que hay un fervor definido para dedicarse a los estudios superiores, como nunca antes había ocurrido. Y lo hacen con tanta pasión y capacidad para el trabajo, que es sorprendente lo que ocurre.

—Todavía en nuestra América la especialidad no se puede cultivar sino por unos cuantos.

—No me refiero sólo a la Cardiología. Lo que digo es aplicable a otras muchas disciplinas. Entre los jóvenes de hoy, hay grupos extraordinarios que están madurando como matemáticos, filósofos, biólogos o historiadores. En México hay un renacimiento de todas esas disciplinas. Hay una élite que está adquiriendo una cultura que antes no teníamos.

—Es que algunos médicos gustan hacer incursiones en las letras, leer poesía, escribir his-

toria, por cierto afán de higiene mental.

—El cultivo de las humanidades se va restringiendo. Parece que va en decadencia. Pero siempre habrá gente que cultive su huerto interior. Además, eso sucede en todo el mundo; es un fruto del tiempo. Se diría que hay menos oportunidades para dedicarse a los ocios espirituales. En Francia, fíjese usted, la poesía está en decadencia; es un problema muy complejo...

—Dígame algo sobre las becas para universitarios que desean perfeccionarse.

—Ese es un punto clave, al que no le hemos dado en México suficiente atención. Y pocas cosas pueden cambiar nuestro futuro como ésa. Hay que impulsar a nuestros jóvenes, escogiendo a los mejores. Prepararlos, formarlos, y luego enviarlos al extranjero, a que completen su preparación. En su mayoría los que hoy dirigen los destinos de la cultura en México son los que salieron y se asoman a las preocupaciones universales. Pero para que las becas sean útiles, debe haber una rigurosa selección, eso sí.

—Con frecuencia en nuestros países hispanoamericanos los favoritos, los compadres, echan a perder ese trabajo...

—¡Amigos con influencia política! Que haya un sistema para escoger los candidatos. Es que no hay dinero mejor invertido en la cultura de un país, que el que se gasta en las becas. Las "bolsas de viaje" en España fueron las que modernizaron a España.

—Lo mismo puede decirse en México, desde la época en que don Justo Sierra era Ministro de Instrucción Pública.

—Ahí tenemos, para comprobarlo, a Manuel M. Ponce, entre los músicos; a Diego Rivera, en la pintura; a Alfonso Reyes, en las letras; a Sandoval Vallarta, en las matemáticas. Y en Medicina ¿para qué voy a citar nombres? Ellos volvieron, y han operado la mayor parte de la transformación cultural de México. Pero, insisto: para formar la minoría selecta en el país hay que prepararla primero en casa y luego enviarla afuera para que se perfeccione.

—¿La minoría selecta! Esa es la que debe dirigir los destinos de una nación. Mientras no haya esa minoría, no será posible orientar los destinos de la democracia.



CALIDRA

Un SOLIDO
PRESTIGIO para
UNA SOLIDA
CONSTRUCCION

"CALIDRA", S. A.
FERROCARRILES NACIONALES 155. C.O.L. ANAHUAC, D. F.
Erie. 17-32-23 y 17-39-65; 38-29-46. Ap. Postal 1. Suc. Mariano Escobedo, D. F.